

patricios de la Luisiana y la Virginia, se levantan en armas por la más infame de las causas. Pacíficamente el indio sublime, que rivaliza en carácter con los hombres de Plutarco, había llegado al poder en Méjico, cuando le sorprende la guerra y la intervención promovidas por los enemigos del derecho. Las violencias vienen hace mucho tiempo de las reacciones. Si nosotros, demócratas, que tenemos todos los derechos naturales, no alcanzamos por ellos el poder y caemos en la violencia, ¡ah! seremos reos abominables de reaccion.

CAPITULO XVII.

SUPERSTICIONES RELIGIOSAS Y PROBLEMAS  
POLÍTICOS.

5 de Setiembre de 1872.

Parece imposible, pero es verdad. En pleno siglo xix se habla de aparecidos, de fantasmás. Creerian muchos que tales evocaciones y sortilegios quedaban á la jurisdicción de las leyendas, de los dramas, de la tragedia. Sakespeare evocó admirablemente la sombra del padre de Hamlet para justificar la demencia del hijo; Voltaire evocó la sombra de Nino, en el teatro tambien, dulcificando tal magia con reflexiones más lógicas que poéticas. El siglo xviii tenia fuerza de análisis, claridad de juicio; convencimiento en tal manera profundo de la inmutabilidad del Universo y de la regularidad



de sus leyes, que ni en el teatro, en las regiones de la fantasía, osaba evocar lo sobrenatural, y si lo evocaba, poníale al lado alguna justificación, alguna excusa. La ciencia ha despojado de fantasmas la naturaleza. El fuego fátuo, que discurriendo por los cementerios fingía á la vista alucinada del creyente el alma del purgatorio venida á la tierra de los muertos para pedir las oraciones de los vivos, significa á nuestros ojos el fósforo producido por la descomposición de los huesos humanos. El fuego de San Telmo, la aurora boreal sonrosando los horizontes, el cometa errante, el fugaz aereolito, todos estos fenómenos meteorológicos, astronómicos, magnéticos, han perdido aquella poesía con que los engalanaba la imaginación del vulgo, á los golpes del análisis científico. Así es que los fantasmas, los aparecidos, las almas en pena, van desapareciendo, ahuyentándose hasta de los cuentos y de las consejas de la aldea.

Pero los palacios deben estar mucho más atrasados que las aldeas, deben ser asilos más seguros de la superstición y de la ignorancia, cuando los muertos se atreven á dejar sus regiones de sombras para visitarlos y

recorrerlos. Terrible pánico reinaba hace algunas noches en los palacios imperiales de Viena. Por aquellos pavimentos, bajo aquellas bóvedas, á la sombra de los grandes arcos iluminados por el incierto resplandor de las lámparas, en las altas horas de la noche, siniestros rumores, ecos de cadenas, voces confusas, lamentos horribles henchían los aires y derramaban indescriptible terror. El sueño de damas, azafatas, criadas del imperial servicio, era sueño lleno de convulsiones y de espantos. Muchos de los centinelas, que tenían consignas respecto á los vivos, no acertaban con la consigna respecto á los muertos, y caían de rodillas, trémulos, convulsos, casi epilépticos, poniendo los ojos en los cielos y los labios en los escapularios, mientras con ambas manos retenían el fusil que materialmente se les caía á los estremecimientos del miedo.

Esto coincidía con la muerte reciente de la archiduquesa Sofía, piadosa madre del emperador de Austria y del infortunado Maximiliano. Las gentes crédulas divulgaban la idea de que aquellos largos lamentos, aquellos siniestros ruidos no podían ser otra cosa más que estremecimientos de triste al-



ma en pena venida desde los hondos círculos del purgatorio á buscar algún alivio en la tierra. Y esta alma en pena, tan dolorida y quejumbrosa, no podia ser otra que el alma de la recién muerta Archiduquesa. En efecto, habia hecho en vida un testamento dejando cuantiosos bienes á favor de la Iglesia. Despues, ora arrepentida, ora iluminada de más claras ideas, la Archiduquesa, anuló su primitivo testamento y dejó á sus hijos lo que antes mandaba á los clérigos. Desde aquel dia, sabido es que por la utilitaria liturgia eclesiástica, el purgatorio iba á ser la residencia natural de la Archiduquesa, la cual habia quitado su patrimonio á los pobres muertos, de los cuales son como tutores naturales los curas vivos. Y una Arquiduquesa, metida en tan afflictivo sitio en muerte, y acostumbrada en vida á tantas comodidades y regalos, debia quejarse con más intensidad que cualquier pelafustan, que no debe encontrar gran diferencia entre el purgatorio en que entra y el pésimo mundo que deja tras su desvencijada mortaja. Así la Archiduquesa, en cuanto sus hijos y nietos, sus parientes y deudos, sus criados y servidores reponian las fuerzas de la vida en brazos del

tranquilo sueño, salíase bruscamente de la caldera donde la tostaban en mal oliente azufre y dábbase por los corredores á quejas más poéticas que las quejas de Nemoroso y de Sancio por las antiguas Eglogas. Pero cátrate que un centinela, ó menos fanático por naturaleza, ó por educacion más industriado en las cosas del otro mundo, coge del cuello á la dolorida alma del purgatorio, y se encuentra nada menos que con cierto jóven de la más alta aristocracia austriaca, de la servidumbre de los emperadores y de la devocion de los jesuitas. La Archiduquesa no se habia movido de la eternidad, y el piadoso aristócrata pedia en su nombre y por su representacion los millones en mal hora negados á la Iglesia, que ya los contaba en su pingüe patrimonio.

Esta anecdota ha recordado un hecho acaecido el siglo anterior en ese mismo palacio de Viena. Las ideas filosóficas del tiempo habian llegado como una sávia ascendente hasta las cimas de la sociedad. Los hijos de María Teresa vivian á la sazón. Leopoldo progresaba, y apercibiase á progresar aún más José, que ilustró su nombre con las célebres leyes josefinas. La política de tolerancia



cia que inaugurara, política derivada de la Enciclopedia, disgustaba profundamente á todas las clases teocráticas del Imperio. Merced á esta política, el elector de Sajonia, que tradicionalmente representaba la espada del protestantismo, fué á Viena á hacer una visita á sus imperiales colegas. Los dos hermanos le distinguían como era natural; pero le distinguía mucho más que Leopoldo, el Emperador José, el príncipe heredero. Los jesuitas sabían que éste se hallaba destinado á heredar el Imperio y á llevar al Imperio todo el jugo de las nuevas ideas, funestas á la preponderancia del clero. Y sabían más; sabían que la amistad con el Elector, las conversaciones íntimas, el comercio diario con aquel espíritu elevado y despreocupadísimo, habían de afirmar y confirmar al que más tarde fué José II, en su resolución de combatir la política eclesiástica y secularizar la política imperial. Un día de aquellos que el Archiduque fué á confesarse, nególe la absolución el confesor, fundándose en sus peligrosas amistades. Embargado estaba José por el disgusto de esta negativa cierta noche en su lecho, presa del insomnio, caviloso, inquieto, cuando de pronto oye siniestro

ruido, tras el ruido vé siniestro resplandor, tras el resplandor cae en completa oscuridad, y en aquella oscuridad se dibuja figura grotesca, gigante, con ojos como de lechuza, faz como de esqueleto, envuelto en rozagantes negros ropajes, iluminada por fosfóricos reflejos, y que emitiendo cavernosa voz como si de los profundos abismos saliera, le anuncia con plena seguridad el infierno por sus heréticas ideas y por sus perniciosas amistades.

El terror de José fué tan grande, que enflaqueció y hasta enfermó de pena y de recelo. Pero su amistad venció á sus terrores. Y contóle al elector de Sajonia todo cuanto le había sucedido. El Elector le rogó que le dejara cambiar de lecho y aguardar él en persona la venida del alma en pena que tan profundamente conocía la voluntad de Dios y los misterios del otro mundo. A la misma hora, en el mismo instante que las noches anteriores, el siniestro fantasma se presentó y habló en su misterioso lenguaje. El Elector alzóse del lecho resueltamente, arremetió con la sombra, encontró que era tangible, la estrujó entre sus brazos, y abriendo con ímpetu una ventana, la arrojó al espa-



cio y de nuevo se acostó en su prestado lecho. Al día siguiente apareció destrozado en los fosos del palacio imperial el antiguo y piadoso confesor del Archiduque heredero de la corona de Austria.

Dejémonos de sombras y vamos á realidades. La mayor realidad es la entrevista célebre de los emperadores del Norte que ha de verificarse próximamente en Berlin. Los pobres de la capital conocen ya que sus dioses se acercan. Como la antigua residencia del rey de Prusia es mezquina para el nuevo emperador de Alemania, Berlin sufre una terrible crisis por la carestía de las habitaciones y viviendas. Así ha habido necesidad de levantar apresuradamente chozas y barracas para las familias jornaleras, para aquellas familias que más trabajan y que menos gozan hoy en nuestra imperfecta civilización. Pero sería un espectáculo triste, que diese mala idea de la cesárea capital y de la majestad en ella albergada, la vista de estas sucias chozas, sobre todo á los ojos de aquellos que, á causa de la servidumbre universal, han nacido y se han criado en áureos palacios, verdaderos santuarios de la autoridad y de la Monarquía. Despiadadamente, en-

viando bajo las órdenes de una policía implacable varios de esos soldados mecánicos que matan con la misma ceguera de los sables, de los fusiles, de los cañones, el Gobierno alemán ha desarraigado las barracas, ha dejado á la entrada del otoño, en el Norte inclemente, sin hogar y sin abrigo, á numerosas familias, de cuyos labios sólo maldiciones pueden salir contra aquellos privilegiados seres que con cada uno de sus pasos aplastan á millares de infelices, como cada uno de nuestros pasos cuesta la vida á innumerables insectos. Pero dejando aparte estos accidentes de la política, si atentamente examináis la prensa europea, vereis confirmado el juicio que os anticipé sobre la conocida entrevista de los soberanos del Norte. En la última conferencia que los diputados de la Comision permanente han celebrado en Versalles, uno de ellos interpeló al ministro de Negocios extranjeros sobre la naturaleza de la entrevista y sobre las amenazas que podría envolver contra Francia. El ministro aseguró que se exageraba la importancia de la entrevista, y que por sus noticias sólo se encaminaba á la paz europea, fin deseado también por la República francesa. Un pe-



riódico moscovita de gran crédito, *La Bolsa de Petersburgo*, enumera las causas que antes justificaban una inteligencia entre Alemania y Rusia, y que ahora la imposibilitan completamente. Antes la política emprendedora y aventurera del Imperio francés, empeñado en resucitar la tradición del primer Bonaparte, en imitar su eclecticismo, sus transacciones entre lo pasado y lo presente, su hipócrita tendencia revolucionaria, obligaba á Rusia y Alemania á una salvadora política de mútua amistad, garantía también de su mútua independencía. Por eso Rusia vió impasible la política doble de la córte prusiana en Crimea, su irrupción vandálica en Dinamarca, sus atentados á la antigua Alemania en Sadowa, su ruptura del equilibrio europeo en Sedan. Y al mismo tiempo que esta razón suprema la unía á Prusia, la unía también esa malhadada cuestión polaca, que envenena todos los negocios rusos y que obligaba á Rusia por armonía de miras é intereses á una perfecta inteligencia con Prusia. Pero hoy todo ha variado. Al Imperio napoleónico ha sucedido la República en Francia, la República amordazada pero no extinguida jamás en la con-

ciencia del pueblo francés. La República no es una forma de gobierno agresiva, guerrera, que emprenda guerras por cábalas de partidos militares y por móviles de intereses dinásticos. La República es la paz de Europa. Por consiguiente, la razón que abonaba una inteligencia entre Alemania y Rusia se ha desvanecido. Ya no hay nada que temer de Francia. En cuanto al problema polaco, sus términos se han dulcificado muchísimo. Los polacos van cada día convenciéndose más de que á las antiguas nacionalidades geográficas, nacidas muchas veces de la conquista, deben sustituirse las nacionalidades por raza que tienen asentada en la fisiología, en afinidades de sangre, de lenguaje, bases inconmovibles. Para una armonía entre todas las familias de la raza eslava, ha sido obstáculo insuperable la oposición incontrastable de Polonia. Esta oposición se hallaba alimentada por el Imperio francés, interesado, á pesar del abandono en que su fundador dejara á los polacos, interesado en divulgar la esperanza de que la nacionalidad católica, feudal, aristocrática, podía resucitar con sus Reyes electores y sus Dietas anárquicas en la cuna, y sus siervos del terruño en la base.



Hoy el terror que inspirara el Imperio francés, se ha desvanecido, y las grandes asperezas de la cuestion polaca, se han dulcificado. Segun estas creencias, no hay nada que justifique una alianza. Al contrario, hay mucho que lo impide. Hay la tradicion, en que coinciden el Imperio aleman y el Imperio austriaco, la tradicion de su incontestable superioridad sobre la raza eslava, superioridad que muestran en el origen aleman de la dinastia reinante sobre Rusia, como si esta dinastia no se hubiera identificado en dos siglos con su pueblo. Hé aquí confirmado el principio general de nuestro juicio sobre la entrevista. Tres emperadores no pueden, no podrán jamás vencer las innumerables resistencias que se oponen á una armonia entre los pueblos. Por consecuencia, una entrevista no significa hoy otra cosa que un comercio de cumplimientos, un cambio de saludos, la asistencia en compañía al teatro, la revista vistosa de fuerzas armadas, los banquetes oficiales, los espléndidos bailes, la satisfaccion de las vanidades germánicas, que se creen dirigir y modelar á su arbitrio todo nuestro planeta desde que ha llegado á la anhelada unidad de su vasto Imperio.

Y sin embargo, esta unidad tiene aún sus sombras espesas. Uno de los vasallos más fieles del emperador de Austria es el rey de Baviera. Cuando el conflicto austro-prusiano, las tropas que más difícilmente se movieron y más tarde llegaron al llamamiento del emperador austriaco fueron las tropas bávaras. Su lentitud en los movimientos habia pasado á proverbio en el lenguaje corriente y vulgar de la Europa culta. Pero al revés, completamente al revés ha sucedido en la última campaña. Los bávaros se han adelantado á todos los ejércitos. Su celeridad ha tenido algo de la celeridad del relámpago. Sus ginetes formaban casi el núcleo de los temidos hulanos. En la batalla de Sedan ellos ocuparon la primera linea. Los franceses se quejan todavía de que ninguno entre los pueblos germanos fué tan colérico, tan vengativo, tan sanguinario, tan rapaz como el pueblo bávaro. No sé lo que haya de fundado en estas quejas; pero sé que efectivamente los bávaros alcanzaron en la última campaña una reputacion europea de activos, de valientes, de emprendedores, de tenaces y hasta de afortunados. Su rey, aunque no asistió á la guerra, porque sus artes son las ar-



tes de la paz, tuvo verdadera impaciencia en ser vasallo del grande Emperador. A empeño tomó que el Imperio se constituyera y se afianzara pronto, que los reyes alemanes recibieran la marca indeleble de siervos, y siervos devotos al nuevo formidable Emperador. Despues, cuando la paz se realizó, ninguna dificultad opuso á la paz; y cuando el Imperio se organizó, ninguna resistencia á las omnímodas facultades que se abrogaba su nuevo señor. De la soberanía cayó en el vasallaje, sin dolerse verdaderamente del amargo tránsito. Las pretensiones llegaron hasta la recóndita esfera de la conciencia, y hasta allí, en aquel santuario inviolable, fueron satisfechas. El rey por tradicion más católico de Alemania, el eterno enemigo de los protestantes electores de Sajonia y de Brandeburgo, se inclinó ante una obra mefistofelesca de Bismarck. El viejo catolicismo en pugna con la vieja Roma, con el Padre Santo, con el Concilio Ecuménico sirvieron para encubrir esta evolucion de Baviera hácia el protestantismo, con el cual habia estado en eterna oposicion. Doellinger, cabeza del cisma, fué nombrado rector de la Universidad de Munich. La creencia en la in-

falibilidad del Papa fué perseguida y castigada como un crimen contra el Estado. Ya no quedaba ninguna prueba nueva de vasallaje que dar. El alma personal del pequeño reino de Baviera se habia perdido en el océano inmenso del espíritu germánico.

Mas no todo acaba en un dia. Hay muchas muertes en una sola muerte. Y algun estremecimiento despierta y arrastra hácia la vida. Llega ahora la entrevista de los tres emperadores, y el rey de Baviera, que se ha uncido con toda suerte de cadenas morales al Imperio, repugna aparecer confundido entre sus comparsas á los ojos de los Césares. No quiere, nó, ir á Berlin, y mueve al rey de Wutemberg para que imite su ejemplo. ¿Qué harán aquellos pobres reyecillos, sin voz, sin voto, sin corona imperial en el coro de tantos dioses mayores? ¿No es preferible ser un simple mortal en la tierra á ser un triste semi-dios en el Olimpo? Un rey debe sentir más que nosotros aún todo cuanto hay de vil y de infame en el bajo oficio de cortesano. Se comprende que los Bernardotes y los Murats fueran sargentos con cetro. Napoleon les habia hado su dignidad. Pero estos reyes tradicionales que han nacido con un dere-



cho en el alma, con una corona en la frente, no pueden creer que su dignidad casi divina dependa de ningun otro mortal en la tierra.

Por fin, este rey de Baviera ha demostrado alguna vez que toma en serio su oficio de rey. Artista, músico, poeta, de todo se ocupaba ménos de las cosas pertenecientes al Estado. Yo le ví en la Exposición de París, yo intenté estudiar algo en aquel rostro como en el rostro de todas estas últimas sombras de la institucion monárquica, á cuyos cuidados se libran tantos intereses, se confían tantos pueblos; y aparte cierta gallardía en la figura, cierta gentileza en los ademanes, no descubrí más que relámpagos de inminente demencia en sus inmóviles ojos. En lo fugaz de mis impresiones, hoy no puedo asegurar si este juicio sobre el enfermo seso del monarca provino de mi propia observacion, de su atenta vista, ó de la idea anticipadamente inspirada por noticias de su vida. Yo sabia que, al declarar en el conflicto aleman terminado por la batalla de Sadowa, la guerra á Prusia, declaracion que comprometia, no solo el destino de su corona y de su pequeña patria como llaman los alemanes al Estado donde nacen, sino el desti-

no tambien de su gran patria, de Alemania, en vez de entregarse, ó bien á la meditacion ó bien al cuidado de su ejército, se dió desenfrenadamente en el palacio de su amigo Wagner, á orillas del sublime lago de Lucernia, como poseido de locura y de locura insensata, al ejercicio de la música, al canto frenético, á la ópera fantástica, no de otra suerte que Neron cuando ardia la Ciudad Eterna. Todo su empeño es acreditar la música del porvenir. En vano muchos le dicen que en los acordes del maestro hay algo fantástico, extraño, sombrío, que acusa genio por lo atrevido, pero tambien desarreglo mental por lo absurdo; el rey de Baviera persiste en su proteccion creyendo que la historia le reserva un láuro idéntico al láuro que ciñera á los protectores de Colon: que encontrar nuevos artes no es encontrar nuevos mundos, es algo más, es encontrar nuevos cielos. Así, el mayor placer de este rey consiste en separarse de sus Estados, en irse á la casa que en el corazon de las montañas y en el seno de los bosques tiene su grande artista. Allí, al eco del torrente, al mugido de la selva, al borde del lago, viendo de un lado el abrupto monte Pilatos, con sus agres-



tes laderas, y de otro lado el risueño Righi, hermoso y cultivado como un jardín de Italia, mientras al frente se despliega como gigantesco arco de cristal de piedra la cordillera del Oberland; el Rey vé brotar las ideas en la frente chispeante de su compositor y por vez primera caer puras en las teclas del piano, que vibra bajo los convulsos dedos como extrañísima arpa. Nunca le pone tasa á sus gastos. Si trabaja en una nueva ópera levanta el Rey un castillo donde se encuentra, no en carton, sino en piedra, no fingidas sino reales, todas las decoraciones; los trajes que costea son de un lujo oriental. La seda, el terciopelo, los bordados de oro fino, los encajes se gastan para los coros. El ornato tiene algo de babilónico, de inverosímil, de increíble. Los franceses que suelen con su nervioso ingénio extremarlo todo, sostienen muy sérios que una de las causas primeras del odio mostrado por el pueblo bávaro en la última guerra, consistia en el resentimiento de su Rey, como el resentimiento de su Rey consistia en haber silbado París una de las grandes óperas de Wagner. Hé ahí á quien confían los pueblos sus destinos históricos. Institucion maravillosa

en verdad esta vieja institucion de la Monarquía: todos á merced de un hombre, y ese hombre á merced de sus caprichos exaltados por las alturas vertiginosas del trono.

Mal cuarto de hora este para los jesuitas. Han sido expulsados de Alemania; han sido despojados de su casa matriz en Roma. El convento de los jesuitas donde residia el general de la Orden acaba de pasar á manos del Estado. Las riquezas que allí atesoraban, las alhajas que allí tenian, acaban de arribar á Marsella. Esta nueva medida ha acibarado el cautiverio de Pio IX, y ha vuelto á hablarse de su partida al Austria, ó á Francia. El Nuncio en París, monseñor Chigi, próximo á ser elevado al cardenalato, infunde en el Papa la idea falsísima de que Francia puede correr en su socorro y declarar por su causa la guerra á Italia, repitiendo el mismo error cometido en 1848. Mas parece que el Papa ha perdido muchas de sus esperanzas despues que la República se ha afianzado tan fuertemente y que las últimas elecciones han salido de tan lastimosa manera para los clericales. No quiere, nó, oír hablar de viajes. Llamariase, en su sentir, abandono del deber al abandono de Roma. Y aun-



que su voluntad quisiera partirse, su salud se lo impide. La inflamacion de las piernas toma alarmantes proporciones. Tan grande va siendo la pesadez que no puede trasladarse de un salon á otro salon del Vaticano. Para muchos se acerca la hora de su muerte, y con la hora de su muerte el principio de nuevas complicaciones religiosas en la por tantos conceptos agitada Europa. Un consuelo nos queda; y es la seguridad de que no puede, nó, peligrar ni retroceder la causa de la libertad y del derecho.

CAPITULO XVIII.

LOS CONSERVADORES DE FRANCIA, ESPAÑA  
Y ALEMANIA.

4 de Setiembre de 1872.

Apenas me parece creible; pero el Gobierno de la República ha prohibido en Francia que se celebre el aniversario de la proclamacion de la República francesa. Yo comprendo que esta fecha se halla unida á grandes y pavorosas catástrofes; yo comprendo que recuerda el remedio tardío á un imperio protervo, y el refugio desesperado contra la deshonrosísima capitulacion de Sedan. Pero si recuerda estos desastres, tambien recuerda el término de la dictadura cesarista que los engendró, y el principio del Gobierno democrático y republicano que ha de educar, y con la educacion ha de regenerar á Francia.